

Augusto d'Halmar (1)

La Cenicienta sin Príncipe ⁽²⁾



ENGRACIA fué el patronímico que le dieron, no por el santo del día, ni como un auspicio de futuras cualidades, sino simplemente porque en España, en Cangas de Asturias, para ser más precisos, el padre tenía una hermana que se llamaba así y otra cosa no se le ocurrió al bautizar a su nuevo vástago. Así, se llamó Engracia Guijarro, para servir a Dios y a quien fuera.

En realidad para servir a todo el mundo, pues la pobrecita no pudo corresponder a su nombre promisor y, obedeciendo a sabe Dios qué ancestro godo, salió casi albina y, entre las ralas pestañas pelirrojas, con los ojos de un azul celeste como para otra cara que la suya amarillenta y pecosa. Aun esa única belleza de su desgarbada persona, hubieron de escamotearla desde la infancia unas tristes antiparras para suplir su miopía.

Pasable de cuerpo y de inteligencia y sin sobresalir en nada como no fuera en paciencia, resignación o mejor dicho conformi-

(1) Nació en Santiago, el 23 de Abril de 1882 y ha vivido numerosos años en el extranjero. En 1942 obtuvo el Premio Nacional de Literatura. Sus obras «Juan Lucero» y «Pasión y Muerte del Cura Deusto» deben considerarse clásicas en nuestra literatura. Su nombre civil es Augusto Goeminne Thomson.

(2) Inédito.

dad y otras virtudes humildes, pronto se acostumbraban todos a sus bondades, lo cual quiere decir que un cada uno se creyese con todos los derechos sobre ella y sin ningún deber para con ella.

La madre no tardó en dejar viudo a ese comerciante asturiano transplantado a Santiago de Chile, y varias criollas semi empleadas semi barraganas, sucesivamente vinieron a sustituirla aunque no a reemplazarla dentro de una casa sólo compuesta, además, de varones: los tres hijos mayores, y con más de trastienda que de hogar y más de razón social, que de familia.

¡El calor hogareño! Engracia habíalo leído en alguna parte ese bonito término y hasta la hizo tal vez soñar, pero su vida se pasó entre extraños y tan poco se cuidaron de ella que hasta solían olvidarla y dentro del escalafón familiar apenas si contaba como una allegada y como una boca más.

Los hermanos, probablemente rivales clandestinos del padre en los favores con las criadas, fueron estableciéndose y dos de ellos en tienda aparte, únicamente el primogénito trajo su mujer bajo el techo paterno, porque el jefe de la familia, siéndolo además de los negocios, si no las atenciones filiales requería por lo menos el asesoramiento de su asociado y probable sucesor.

Y cuando el Señor Pelayo, o sea Don Pelayo Guijarro «senior», se fué al otro mundo, sin haber vuelto por aquel viejo mundo de donde procedía ni por sus Cangas de Onís, donde cada año proyectaba ir para remozarse, Pelayo Guijarro «junior», alias Pelayito, en Chile, no tuvo que hacer cambios en la firma comercial y ésta continuó girando bajo el rubro de «Pelayo Guijarro».

El hogar también prosiguió su curso con la esposa-capitana al timón y, como último grumete, casi como polizón a bordo, la cuñadita miope, cada vez más colorina y manchada de paño el rostro, con sus gafas saltonas y su corazoncito inoficioso. Su hermano, ahora tutor suyo, continuaba ignorándola. Los sobrinillos la tiranizaban. La mujer del hermano se servía de ella para un fregado como para un barrido, pero tan sin darle inge-

rencia, que cuando por algún motivo delegaba sus poderes en alguien, ni siquiera se le ocurría dejarla en su lugar y supeditábala a la servidumbre de confianza y hasta a domésticas recién en servicio.

Quienquiera, pues, tenía una personalidad y una atribución sobre las suyas. Una ratita, una hormiguilla, hubieran pesado y contado más que ella. Su andar quedo, su palabra premiosa, su tenue voz, su furtividad ingrávida, todo contribuía a inadvertirla y a que su presencia negativa no se hiciera positiva ni por su ausencia. Se hubiera ido tres días y no lo hubiera notado nadie. Hubiera desaparecido para siempre y no habrían quedado ni vestigios ni recuerdos suyos.

Y con todo esto y no como para desembrollarlo, un pudor de no ponerse en evidencia, una delicadeza en servir, una apasionada gratitud ante el más mínimo gesto deferente, casi siempre distraído o maquinal. Las mujeres le parecían todas bellas por comparación; los niños, todos los niños, eran querubes y sus caprichos bendiciones; en cuanto a los hombres... Engracia adoró tímidamente a su padre y el mismo temor reverencial inspirábasele ahora su hermano mayor y cuanto le atañía. La parte de su herencia puesta en sus manos, venía a personificarla: ¡estaba en sus manos! Los otros, dioses menores, también podían disponer a su guisa de aquella María Cenicienta, para sí y los suyos, porque nunca creyó pertenecerse a sí misma ni poseer nada. Acaso sus anteojos fueran, no de su propiedad sino inseparables de su persona, puesto que los necesitaba para mirar suavemente las cosas y los seres. A veces nublaban sus cristales lágrimas de emoción o de alegría y se veían como de aumento. Porque tampoco nada era feo o malo para aquella Engracia tan femenina cuanto poco agraciada y mal perjeñada.

¡Y qué coquetería le hubiera cabido, exenta de malicia y de los atributos aparentes de su sexo! ¡Ah, ella, ni bonita ni delicada, no era sexo bello y no era sexo débil, sin ningún atractivo ni ninguna fragilidad!

Las criaturas, la gente sencilla y los animales, solían avenirse con su carácter, pues presentían sus sentimientos, y se equivocaban quienes la compadecieran, por cuanto no requería ninguna suerte de conmiseración. La naturaleza compensadora habíala armado mejor de lo que superficialmente parecía y aparecía y, ciertamente, por cima del juicio y por encima del prejuicio ajenos.

Su ternura no fué estéril aunque, como se aseveró arbitrariamente también, permaneciera inoficioso su corazón. Latía ecuánime y sereno, al unísono con la creación donde nocturnamente rima el croar de las charcas con las titilaciones siderales y donde, durante la vigilia, el sol se reparte con equidad entre los sembrados y los abonos y por igual los hace madurar o fermentar.

Y dentro de la rutina casera, interrumpida apenas por las vacaciones en las costas del sur, cerca del mar y de los bosques, surgió un incipiente idilio entre Engracia y un primo suyo de Asturias. Había escrito a su tío, cuya muerte ignoraba, con miras de emigrar y acogerse a su vera. Pelayo hijo, no se cuidó de contestarle. Entonces, con su venia, su hermana informó a los parientes de España, sobre la parentela chilena, relacionándoles nuevamente. En efecto el primo Acasio y su madre, aquella tía por la cual llevaba Engracia su nombre, cruzaron con ella unas cuantas cartas donde se cambiaron memorias, recados, recetas de cocina y flores secas, y hasta vino certificada una fotografía de tía Engracia, con zuecos de palo y medias de algodón, pero muy maja en el severo atavío regional, y del primo Acasio, con la montera, la faja, la chaquetilla y el calzón cortos del traje asturiano masculino. El guapo mozo parecía otear un dote en esos horizontes ultramarinos de donde provienen los tíos de Indias, y pedía a su prima, al pie del retrato, que le mandara otro suyo. Ella no se había hecho ninguno nunca, y esta vez al consultarlo con el espejo, su propia imagen refleja se le echó a reír en las barbas y aunque la risa o la sonrisa no la afearan, sino que en cierto modo la embellecieran, como siempre le sucede a las per-

sonas amables. Engracia, quitándose los espejuelos para aclararse enjugó al mismo tiempo los ojos y súbitamente decidió cortar por lo sano aquella correspondencia que no llevaba a ninguna parte, puesto que seguramente, no le correspondía. Se contentaba con volver a contarles una y otra vez a sus sobrinillos, el cuento de hadas donde la Cenicienta se calza la chinela de cristal delante del Príncipe Encantador.

La que en Chile llaman también «tía Engracia» los hijos de Don Pelayo Segundo Guijarro, tiene en su casa una alcoba en un altillo, a la cual se accede por una pina escalerilla. Caben justo el lecho angosto, un lavabo y una cómoda, sobre la cual están parsimoniosamente distribuídos, la figulina en bulto de la Virgen de Covadonga, Patrona de Asturias, con sus candelabros y floreros, las caracolas de cada resaca de cada veraneo, una estrella de mar de una excursión a unas peñas y, en un marco confeccionado por ella misma con conchuelas y cuchillas de madreperla, el grupo evocador de la auténtica tía Engracia con el primo Acasio, allá cerca de la gruta santa de Covadonga, bajo el rojo sol de España.

En los candeleros suele arder una bujía votiva; en los búcaros, a veces, una rosa despliega sus pétalos, a las veces un clavel exhala su aroma almizclado de perfumería. Llena de vida y en plena juventud, Engracia chica es ya como una anciana; pero, en compensación, seguramente seguirá siendo joven hasta envejecer y morir.

La que parecía peor dotada era ¡quién lo dijera! la mejor tía de todos los sobrinos habidos y por haber, conciliadora y bienhechora, enfermera de los desamparados, ángel custodio de los menesterosos. La que pudo ser la más infeliz, resultó la más feliz.

Acaso, para conseguir esa aristotélica entelequia denominada felicidad, haya que renunciar a ella. Sólo así se será, tal vez, mejor y más feliz.

... Más feliz y mejor.

Santiago de Chile, 28-29 febrero 1946.